

El surgimiento de China: implicaciones para su política exterior y su régimen político

DOI: 10.32870/mycp.v7i21.220

Arturo Santa Cruz*

China está en todas partes. En la discusión sobre derechos humanos, comercio y seguridad internacional y, recientemente, en la carrera espacial, el gigante asiático ha devenido tema de conversación ya no sólo entre académicos y tomadores de decisiones, sino también entre la población en general. Está también la omnipresencia de los productos chinos a nivel mundial, desde juguetes hasta zapatos, pasando por chiles para el mercado mexicano y televisores para el japonés, faltaba más. No es pues de extrañar que el “imperio central” esté en boca de todos.

Uno de los subproductos más conocidos de esta popularidad del gigante asiático es el de la “amenaza china”. Como nota James Hoge en “Un cambio de poder global en ciernes”, artículo recientemente aparecido en *Foreign Affairs*, es poco probable que el ascenso de China se lleve a cabo sin conflictos internacionales. Según advierte, los “Reacomodos mayores de poder entre estados [...] no ocurren frecuentemente, y rara vez son pacíficos”. Esta percepción de la emergencia de China como inherentemente peligrosa ha trascendido el ámbito de la opinión pública, instalándose en los centros de poder. Así, por poner un ejemplo, en cuanto George W. Bush tomó posesión se empezó a referir al gigante asiático como un “competidor estratégico” de su país.

El caso de Bush es relevante porque su imagen de China fue acompañada con medidas poco alentadoras para una relación estable entre su país y Pekín. Así, después de su inauguración como presidente, Bush empezó a llevar a cabo acciones unilaterales poco amistosas, como la adopción del escudo de defensa

de misiles, el cual rendía obsoleto el pequeño arsenal nuclear chino. El tenor de la relación bilateral entre estos dos gigantes, a la que la prensa frecuentemente presenta como la reedición de la guerra fría terminada con el deceso de la Unión Soviética, cambiaría después, a raíz de los atentados terroristas del 11 de Septiembre de 2001 —pero a eso me referiré más adelante—. Lo que me interesa destacar por el momento es que de entrada, la percepción que permeaba la actitud de la política exterior del país más poderoso de la tierra hace tan solo tres años, correspondía a la imagen más generalizada: el surgimiento de China es una amenaza para la estabilidad mundial. China está pues de moda, y en buena medida se explica, más que por su evidente potencial exportador o por los otros temas arriba mencionados, por la propagación de la imagen de China como una amenaza (“amarilla”) inminente.

Esta moda en particular, sin embargo, no es una conspiración o mero truco publicitario. Hay detrás de ella algunos factores que le otorgan cierta credibilidad: China ha crecido económicamente como ningún otro país del mundo en el último cuarto de siglo. Todavía más: los expertos auguran que la fama de China llegó para quedarse —por lo menos en el futuro cercano, el que más nos concierne—. Si esto ha de ser así, cabe detenerse a considerar lo que podía determinar en un sentido u otro la influencia de China durante el siglo que inicia en este mundo cada vez más aldeanizado: a saber, el efecto que el crecimiento de los últimos 25 años ha tenido sobre la política y la diplomacia chinas.

En esta breve nota revisaré algunos acontecimientos sobresalientes en estos dos frentes y argumentaré que los miedos (y las esperanzas) convencionales acerca del surgimiento del

* Profesor investigador del Departamento de Estudios del Pacífico, de la Universidad de Guadalajara.

gigante asiático descansan sobre frágiles cimientos.

Para documentar nuestro escepticismo, comencemos por tomar una instantánea de la letanía de estadísticas que se nos presenta cotidianamente sobre China. Desde que este país iniciara un par de años después de la muerte de Mao Zedong (líder supremo de la revolución comunista en 1976) el proceso de reforma y apertura económica, su participación en el mercado mundial se ha incrementado de manera extraordinaria. En 1978 el comercio internacional de China era del orden de los 20 000 millones de dólares; 22 años más tarde, en 2000, había alcanzado los 474 000 millones (Fewsmith, 2001: 573). Tan sólo en el lapso de 1990 al año pasado, las exportaciones totales chinas crecieron ocho veces; su participación en las exportaciones globales alcanzó alrededor de 6 en el último año, comparado con un 3.9 por ciento en 2000. Como los datos anteriores dejan entrever, China se ha convertido en una verdadera locomotora económica.

Y las locomotoras arrastran. Así, China contribuyó con un 16 por ciento del crecimiento global de 2002 —el segundo factor de crecimiento mundial, sólo detrás de Estados Unidos (Hale y Hale)—. De hecho, la recuperación de las economías asiáticas de la crisis de los años 90 se explica en buena medida por el crecimiento de China. Aún más, se espera que dentro de los próximos seis años la economía del gigante asiático será el doble que la de Alemania (la tercera más grande en la actualidad), y que a más tardar en el año 2020 superará a Japón como la segunda economía más grande del mundo.

El ascenso económico de China resulta pues incuestionable. El punto es elucidar su probable impacto en el escenario internacional. El surgimiento de cualquier potencia suscita suspicacias. Ya lo dijo Tucídides hace 24 siglos, refiriéndose a la guerra del Peloponeso, “lo que hizo la guerra inevitable fue el crecimiento del poderío de Atenas y el miedo que esto causó en Esparta”. En el caso de marras, las analogías con el surgimiento de Japón a finales del siglo XIX, o el de Alemania en la primera mitad del siglo XX no se han hecho esperar. Las comparaciones no son inocentes: el mensaje es que China va a repetir las desastrosas aventuras bélicas de esos dos países.

Los nuevos mandarines están conscientes de la animadversión que el crecimiento de su país despierta. Es por eso que el liderazgo chino (más específicamente una institución educativa enfocada a la capacitación de altos funcionarios chinos) ya acuñó un término para tranquilizar a la comunidad internacional: “ascenso pacífico”. Así, un alto funcionario del Partido Comunista Chino (PCC) dijo, en noviembre pasado, que su país ha elegido un “ascenso pacífico” en el escenario internacional (*Economist*, 24 de junio de 2004). El mes siguiente, durante una visita a Estados Unidos, el primer ministro chino (Wen Jiabao) repitió el término. La prioridad para el gobierno actual es calmar tanto a sus vecinos asiáticos como a Estados Unidos. El año pasado China signó un “tratado de amistad y cooperación” con la Asociación de Naciones del Sureste de Asia (ASEAN, por sus siglas en inglés), convirtiéndose de esta manera en el primer país que firma un acuerdo de ese tipo con ese grupo de diez países.

**La idea de China
como víctima del
sistema
internacional—
asociada claramente
con Mao Zedong—ha
cedido paso a la de
China como una
potencia emergente
con
responsabilidades en
el sistema
internacional**

Esta iniciativa china es tan solo una muestra significativa de un esfuerzo empezado años atrás. A fines de los ochenta y principios de los noventa, el Imperio Central inició un fuerte activismo internacional, abandonando su virtual aislamiento de los años sesenta. Así, entre 1988 y 1994 el país asiático normalizó o estableció relaciones con 18 estados. Asimismo, en los noventa estableció una serie de acuerdos de cooperación con varios países, proceso que culminó con el Tratado de Buena Vecindad y Cooperación con Rusia, firmado en 2001. China es también hoy miembro activo de una importante red de organismos internacionales. Inicialmente privilegió el sudeste de Asia. Después contribuyó a establecer el mecanismo “ASEAN + 3” (los tres son Corea del Sur, China y Japón). Más adelante amplió sus esfuerzos a todo el Pacífico. De esta manera, en 2001 Shanghai fue la sede de la reunión de líderes del mecanismo de Cooperación Económica Asia Pacífico (APEC, por sus siglas en inglés).

China también ha incrementado su actividad diplomática en otros escenarios en los últimos años. En el frente europeo, este país fue miembro fundador de los encuentros Asia-Europa en 1996. En lo concerniente a sus delimitaciones fronterizas, desde 1991 China ha zanjado pacíficamente conflictos con Kazajstan, Krygistan, Laos, Rusia, Tajikistan y Vietnam. Asimismo, el gigante asiático ha mejorado sus (históricamente difíciles) relaciones con otro estado de dimensiones continentales: India. Además, China ha jugado un papel mucho más activo en los últimos años en el mayor foro internacional: el Consejo de Seguridad de la ONU.

Desde mediados de los noventa, China ha dejado de abstenerse en las votaciones de resoluciones que invocan el capítulo VII de la ONU, el cual autoriza el uso de la fuerza. Así, por citar un ejemplo aún fresco en la política mundial, en noviembre de 2002 Pekín votó favorablemente en la resolución 1441 sobre las inspecciones de armas en Irak. De manera similar, el Imperio Central ha incrementado su participación en operaciones de mantenimien-

to de la paz en lugares como Congo y Timor Oriental.

La idea de China como víctima del sistema internacional —asociada claramente con Mao Zedong— ha cedido paso a la de China como una potencia emergente con responsabilidades en el sistema internacional. Esta transformación de la diplomacia china inició con Deng y su movimiento de “reforma y apertura” de fines de los años setenta. A fin de promover la modernización económica de su país, Deng buscó su involucramiento en la comunidad internacional. Sin embargo, durante su mandato la participación china en la escena internacional mantuvo un bajo perfil.

En años recientes, en cambio, la participación en la diplomacia internacional se ha acentuado. Este país milenario ha ratificado varios de los más importantes tratados sobre control y no proliferación de armas, entre los que se cuenta el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, y la Convención de Armas Químicas. China también firmó el acuerdo de Prohibición de Pruebas Nucleares, en 1996. El Imperio Central ha impuesto límites en sus exportaciones de armas, otorgándole mayor credibilidad a los compromisos adquiridos en cuanto a la no proliferación.

El abandono de la tradicional reticencia china a involucrarse activamente en la política mundial, se manifestó en el caso de Corea del Norte. Ante la preocupación que desde hace unos años desató en la escena internacional el probable desarrollo de capacidades para producir armamentos nucleares por parte de Pyongyang, así como su negativa de sujetarse a normas y acuerdos internacionales al respecto, Pekín aumentó la presión en su otrora cliente político. Así, en un momento le suspendió envíos petroleros, luego mandó enviados de alto nivel a la capital norcoreana, movilizó tropas a lo largo de su frontera con el cada vez más aislado régimen de Kim Jong Il, y finalmente organizó las pláticas tripartitas llevadas a cabo en Pekín, en abril de 2003.

El cambio de actitud de la diplomacia china ha sido notable, incluso en la moderación con que Pekín ha tratado la delicadísima cuestión de Taiwan. Más allá de alguna exhibición de fuerza naval con el afán de intimidar a Taipei, o de escaramuzas verbales, la China continental ha mantenido una actitud prudente frente a los pronunciamientos independentistas del nuevo liderazgo de la “provincia rebelde”. En parte, este cambio en la diplomacia china tiene que ver con lo que podríamos llamar proceso de “cosmopolitización” de sus diplomáticos, entre los cuales hay cada vez más políglotas y oficiales de carrera que han vivido en “Occidente”, no sólo en misiones sino formándose académicamente —y por lo tanto familiarizándose con las costumbres y valores allí predominantes—. De esta manera, los altos funcionarios chinos hablan ahora abiertamente de “compartir responsabilidades” en el escenario mundial. Aún más, los mandarines han tendido a priorizar su relación con las grandes potencias (Estados Unidos, Rusia, la Unión Europea) a expensas de la cercanía que su país había mantenido con el tercer mundo. Significativamente, el presidente chino Hu Jintao ha empezado a asistir a las reuniones del G-8 (aunque en calidad de observador o “miembro de diálogo”).

Quizá la muestra más evidente y palpable del proyecto chino de inserción en las instituciones internacionales sea su ingreso a la Organización Mundial de Comercio —el sucesor del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio nacido pocos años antes de que triunfara la revolución en China—. El 11 de diciembre de 2001, después de quince años de negociaciones, este país finalizó su proceso de admisión al régimen internacional de comercio. Como señala Alastair Johnston, “la entrada [de China] a las instituciones económicas [internacionales] reflejó la creciente convergencia del liderazgo chino con la ideología y los intereses de estas instituciones del orden establecido (Johnston, 2003: 11).” Para reafirmar su posición de converso a las normas internacionales del libre comercio, ese mismo año el régimen formalmente comunista propuso, por medio del (entonces) primer ministro,

Zhu Ronji, al mecanismo “ASEAN + 3” crear una zona de libre comercio antes de 2010, aprovechando las palabras del secretario de Estado norteamericano (junio de 2002): China “ya no es un enemigo del capitalismo” (citado en Johnston, 2003: 16”).

La nueva postura estadounidense respecto a su otrora “competidor estratégico” se explica, sin lugar a dudas, por la actitud que adoptaron los líderes chinos después del 11 de Septiembre. Aunque sin convertirse en su aliado incondicional, el liderazgo chino encabezado entonces por Jiang Zemin, no obstaculizó el proceder de Washington en su “guerra contra el terrorismo”. Como señalé más arriba, China incluso votó favorablemente la resolución 1441. Pero la mudanza China se dio desde antes de ese voto. Un mes después de los ataques terroristas se efectuó la mencionada reunión del APEC en Shanghai. En ese marco, antes de iniciar el encuentro, el presidente chino Jiang Zemin declaró que tanto su país como el de su invitado compartían la responsabilidad y el interés en “trabajar con el resto de la comunidad internacional para combatir el terrorismo (*Washington Post*, 19 de octubre de 2001)”. Todavía más, unos días después se anunció que China iba a cooperar con la causa antiterrorista compartiendo inteligencia e interceptando flujos financieros de sospechosos. Posteriormente, Bush hablaría de un “entendimiento común” entre su país y China, y su secretario de Estado, Colin Powell, encomiaría el “liderazgo iluminado” de la República Popular China.

Se puede afirmar que China ha tenido una actitud constructiva en los planos regional y mundial de la política. Se ha adherido a las instituciones internacionales y seguido sus normas, tomando conciencia de que mediante ellas puede promover su interés nacional. Como lo puso un analista chino: “de ninguna manera China es un retador del orden internacional actual. Bajo las normas actuales, China puede conseguir sus intereses propios (citado en Johnston, 2003: 32)”. Más allá del discurso chino en torno a la deseabilidad (e incluso inevitabilidad) de un orden multipolar,

sus líderes reconocen que no pueden desafiar el poderío estadounidense y, en consecuencia, han hecho poco para propiciar el multipolarismo.

Ahora bien, ¿cuál ha sido el efecto del crecimiento económico de China en su política interna? Porque es bien sabido que el exponencial incremento del poderío económico del gigante asiático se explica no sólo por su creciente integración a la economía política mundial, sino también por la reestructuración económica del país. Es decir, durante el último cuarto de siglo se ha llevado a cabo una creciente liberalización económica, en virtud de la cual el Estado ha perdido su predominio casi absoluto sobre la economía. Para fines prácticos, la economía de China puede considerarse capitalista. ¿Cuáles han sido los efectos de esta mutación económica en la esfera política? ¿Es China un país más libre hoy que, digamos, a mediados de los setenta?

El sentir general, representado por autores como el columnista del *New York Times* Nicholas Kristof y el editor de la revista *Foreign Policy*, Fareed Zakaria, respecto a la apertura China y la introducción del capitalismo, sugiere que el país se encuentra camino a la democracia. El argumento tiene lógica, pues al controlar el Estado una porción menor de los recursos materiales, se ve en la necesidad de negociar las demandas políticas y económicas de los grupos emergentes que ahora escapan a su control. De ahí que, según este planteamiento, el país se encuentre en un ineluctable camino a la democracia —tan inevitable como antes, paradójicamente, el socialismo, según los marxistas ortodoxos de antaño—. Así, por ejemplo, según el ex presidente estadounidense William Clinton, el ingreso de China a la OMC desataría “las fuerzas que pueden acelerar el fin del estado de partido único en la China continental” (citado en Fewsmith, 2001: 584).

La cuestión aquí radica en qué se entiende por democracia y cuál es el actor que supuestamente va a dirigir el camino a ella. Una definición minimalista o procedimental de la

democracia se limitaría a destacar tres características: la celebración de elecciones libres sobre la base del sufragio universal, la responsabilidad del aparato estatal respecto a los representantes electos, y la existencia de garantías básicas como la libertad de expresión y de asociación (Huber *et al*, 1993: 73). Respecto al actor protagónico en la odisea, que es la construcción de un régimen democrático, se supone que éste es la clase media, pues sus demandas de mayor libertad, si bien pueden tener sus orígenes en la búsqueda del interés propio, extienden su manto protector al resto de la sociedad.

El surgimiento de la clase media en China es innegable, así como el cambio de actitud que las autoridades del país han tenido frente a su aparición. A fines de 1989, más de una década después de la muerte de Mao y del inicio de las reformas, el presidente Jiang dijo: “Un pequeño grupo de personas planeó crear la llamada ‘clase media’ en China para que actuara como su base de apoyo, a fin de derrocar nuestro sistema socialista. Esto prueba que debemos apoyarnos en la clase obrera completa y sinceramente”. Trece años después, en el 16° Congreso del PCC, el mismo Jiang declaró: “debemos tratar de incrementar la proporción del grupo de medianos ingresos” (citado en Fewsmith, 2002: 4). El objetivo actual es pues crear una amplia (amplísima) clase media en China.

Para el PCC, es la estabilidad del régimen no su eventual conversión a la democracia, lo que está en juego con la emergencia de una vasta capa de sectores medios. Esta nueva posición se ha expresado de hecho a nivel doctrinal. El primero de julio de 2001 (80 aniversario del PCC) Jiang se refirió a su teoría de las “tres representaciones” para proponer que el partido trascendiera su base histórica (los obreros y campesinos) y aceptara miembros destacados de otros estratos, en particular empresarios. Esta iniciativa cancelaba la prohibición, impuesta en 1989, sobre la afiliación de “burgueses” al partido. La “revolucionaria” propuesta de Jiang causó controversia entre los *apparatchiks*. Pero para Jiang la cuestión bá-

sica es el crecimiento sostenido de la economía china —y su consecuente permanencia del PCC en el poder—. Como él lo puso: “Si nos apartamos del crecimiento económico, será imposible para nosotros hablar de preservar la naturaleza avanzada y consistencia de la plataforma del partido” (citado en Fewsmith, 2002: 3).

En el referido 16° Congreso del PCC, celebrado en noviembre de 2002, la teoría sobre las “tres representaciones” de Jiang fue formalmente adoptada, quedando así al lado de las grandes innovaciones doctrinales de sus predecesores Deng y Mao. Jiang aseguró un lugar en el panteón chino. Más allá de la doctrina y los héroes de mármol, el legado más significativo de Deng será sin duda la línea anti-igualitaria que impulsó desde el inicio de los años ochenta. Como apunta en una obra suya de esa época, “En política económica, creo que debemos permitir que algunas regiones y empresas y algunos campesinos y obreros ganen más y disfruten de más beneficios que otros, de acuerdo con su mayor esfuerzo y mayor contribución a la sociedad” (citado en Zheng, 1994: 238).

Hasta la fecha, la estrategia parece haber funcionado: la desigualdad en China ha aumentado significativamente, pero también lo ha hecho el nivel de vida de la mayoría de la población. Así, el PCC está bien afianzado en el poder, sin señas de debilitamiento por los 55 años de haberlo ejercido. El más serio contratiempo enfrentado por el régimen en el ámbito de su hegemonía política fue hace ya más de una década, cuando después de diez años de reestructuración económica (y en el contexto de la primavera política de los países satélites de la entonces todavía existente Unión Soviética), los estudiantes se organizaron para exigir reformas democráticas.

Es pertinente recordar aquí la declaración leída por los estudiantes el 4 de mayo en la plaza de Tiananmen; en ella los jóvenes hacían un llamado al gobierno para que acelerara la reforma política y económica, garantizara las libertades constitucionales, combatiera la

corrupción y adoptara la libertad de prensa. Todo parecía que China se subía al tren democratizador, y que la teoría convencional sobre los efectos políticos de la liberalización económica de China sería reivindicada. Pero no fue así. Los mandarines, encabezados todavía por el senil Deng, decidieron descarrilar el convoy. Cuando el aparato estatal tomó la decisión, a inicios de junio, de utilizar la fuerza para sacar a los estudiantes de la plaza, sufrió su peor fractura interna a los más altos niveles. A partir de entonces hubo una reestructuración de fuerzas al interior del partido, con aquellos que pugnaban una posición moderada y liberalizadora perdiendo la batalla. Desde entonces, la oposición no se ha vuelto a organizar de manera tan visible.

En la actualidad, la oposición política más efectiva se encuentra bastante acotada, política y geográficamente: reside en Hong Kong. El 1 de julio de 2003 (fecha en que se celebra el regreso de la isla a la soberanía china en 1997) medio millón de personas marcharon para protestar una iniciativa legislativa sobre medidas “antisubversivas” (finalmente la propuesta no prosperó). Parecía entonces que un movimiento democrático fuerte estaba en la víspera de consolidarse, al menos en la zona donde rige, según indica el eslogan gubernamental, “otro sistema”. Pero a pesar de que en abril pasado el Congreso chino estableció que no habrá sufragio universal directo en Hong Kong, en por al menos otros ocho años, la protesta de este primero de julio no pudo igualar a la del año anterior. A 15 años de Tiananmen, el liderazgo del partido parece haber sacado la conclusión de que las fuerzas democratizadoras no son irresistibles —siempre y cuando se esté dispuesto a pagar un alto precio por mantener el control político, como éste ha demostrado estarlo—.

Así, el crecimiento de China no conduce, al menos directamente, hacia su democratización. Aún más, paradójicamente, la política exterior china de apertura e integración internacional parece ser un simple instrumento para reforzar su anquilosado sistema político. Deng fue claro al respecto cuando señaló en

Análisis

1988: “La modernización [de China] tiene dos prerrequisitos. Uno es la paz internacional y el otro es la estabilidad de la política doméstica [...] Una condición crucial para el progreso de China es la estabilidad política” (citado en Zheng, 1994: 249). A 25 años de iniciadas las reformas en China, sus mandarines pueden jactarse de haber llevado a cabo lo que Gorbachov no pudo hacer a finales de los ochenta: *perestroika* sin *glasnost*.

Cierto, China es una sociedad menos cerrada y controlada de lo que era a inicios de los ochenta, pero dista mucho de ser ya no digamos democrática, sino una sociedad políticamente liberalizada. Consideremos el caso de Internet, un instrumento de la era actual de alta tecnología a la que China parece estarse adaptando de manera exitosa, pero uno que también parece requerir, si ha de explotar plenamente su potencial, es un entorno de libertad. En la China de este nuevo siglo los sitios de Internet han brotado como hongos en tiempo de lluvias, pero el gobierno insiste en controlarlos. Así, portales informativos como la BBC o la CNN han sido bloqueados reiteradamente. Otro ejemplo (aparentemente un resquicio de tiempos pasados pero en realidad inexplicable) fuera de la modernidad propia de estos años de la transición de milenios: el movimiento semirreligioso Falungong. Después de que este peculiar grupo organizara una protesta multitudinaria (alrededor de 10 000 personas) en abril de 1999, el gobierno adoptó una postura de intolerancia y represión. Falungong fue quizá para el régimen un amargo recordatorio del movimiento estudiantil que empezó a tomar fuerza por esos meses diez años atrás.

Esto no quiere decir que en algunas esferas, particularmente en la circulación de ideas a través de revistas especializadas, o en la de la vida política de algunas villas, donde se ha experimentado con elecciones con varios candidatos a un mismo cargo, no haya habido avances tangibles que benefician a los ciudadanos chinos. El efecto en la política doméstica del crecimiento económico parece ser uno de liberalización, sí, pero no hacia la democracia, sino simplemente hacia el autoritarismo.

Esto ya es ventaja, pues China no es ya el estado totalitario de los tiempos de la revolución cultural, por ejemplo. Pero como varios países del sudeste de Asia y del cono sur han demostrado, el capitalismo puede convivir bastante cómodamente con el autoritarismo.

Tenemos entonces que el ascenso de China puede ser y muy probablemente sea pacífico, como lo pregonan sus líderes. La percepción común parece estar equivocada en este sentido. En el frente doméstico, de igual manera, el sentido común tampoco parece traerlas todas consigo: es poco probable que, por lo menos en el corto plazo, el milagro chino haga del Imperio Central una democracia.

Bibliografía

Fewsmith, Joseph (2001) “The Political and Social Implications of China’s Accession to the WTO”, *The China Quarterly*, pp. 573-590.

——— (2002) “The Sixteenth National Party Congress: The Succession that Didn’t Happen”, *The China Quarterly*, pp. 1-16.

Hale, David y Lyric Hughes Hale (2003) “China Takes Off”, *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre, edición en línea.

Hoge, James F. (2004) “A Global Power Shift in the Making”, *Foreign Affairs*, julio/agosto, edición en línea.

Huber, Evelyne, Dietrich Rueschemeyer y John D. Stephens (1993) “The Impact of Economic Development on Democracy”, *Journal of Economic Perspectives*, 7 (3): 71-85.

Johnston, Alastair Iain (2003) “Is China a Status Quo Power?”, *International Security*, 27 (4): 5-56.

Zheng, Yonnan (1994) “Development and Democracy: Are They Compatible in China?” *Political Science Quarterly*, 109: 235-259. 